

sencillos, á los inocentes, y no llega el caso de lamentarse de la tibieza con que se comulga, é ídem del escándalo que se da á los fervorosos. Quejémonos también de nuestro proceder, si es tibio, y pensemos que, según él, Jesús es profanado en el Sacramento, y no seamos causa de que los herejes se confirmen en sus perversas costumbres.

En la Eucaristía, no obstante, poseemos el remedio de tanto mal. Pidamos gran fe, porque de lo contrario estamos en el fondo del abismo: sin fe, ni hay esperanza, ni caridad, ni virtud cristiana; con la fe puede haber esperanza de salvación, aun cuando alguna vez por desgracia flaqueen las obras. Recordemos que la fe suple el defecto de los sentidos, y aunque veamos que el corazón no se mueve, tengamos fe viva, que ella afianzará el alma. *Ad firmandum cor sincerum, sola fides sufficit* (1).

§. III.

Acabamos de ver que, para creer y recibir la Santa Eucaristía, necesitamos mayor grado de fe que para creer los demás misterios: ahora nos ocuparemos de que por especial modo recibimos la fe del Sacramento Santísimo.

9. La fe, como virtud necesaria para la salvación, es, según el Concilio Vaticano, un don sobrenatural por el cual, inspirando y ayudando la gracia de Dios, creemos ser verdaderas todas las cosas por Él reveladas á su Iglesia, no por las razones en que puedan fundarse, sino precisamente por la autoridad de Dios que ni puede engañar ni ser engañado (2). La fe se concede ordinariamente mediante el bautismo y se robustece con la confirmación; y si no se posee, porque uno no hubiere sido bautizado ó porque se perdió con la negación formal de un solo artículo de fe, puede recuperarse extraordinariamente con la gracia de Dios. De todos modos es virtud sobrenatural (3), necesaria absolutamente á todo hombre si pretende salvarse (4), y el prin-

(1) Himno de las Vísperas del Corpus.

(2) Const. Dei Filius, cap. II.

(3) Ephes. II, 8.

(4) Heb. XI, 6.

cipio, el fundamento y la raíz de toda justificación (1). Mas para que esta virtud teologal sea perfecta es preciso que sea habitual, es decir, que vaya acompañada de repetición de actos de fe, y que sea además viva, esto es: que la acompañe la observancia de los preceptos divinos, porque la fe sin las obras es una fe muerta (2).

10. Pero bien; esta fe, de tanta importancia para nosotros y que con tanta facilidad podemos perder, se conserva y acrecienta y hasta en algún caso se puede hacer revivir con el uso del adorable Sacramento del Altar; porque si, como he demostrado, para recibir este Misterio se exige de nosotros gran fe, también lo es que Él otorga no sólo esa virtud, sino que la aumenta. La fe habitual es un don de Dios gratuito, y una vez dado puede ser rechazado por el que le recibe, lo cual es necesario á fin de que todo hombre crea libremente. Esta fe habitual, por lo tanto, es la que aumenta el Divino Sacramento cuando entra en el alma por la sacramental Comunión. Jesús, en este acto, se enlaza, por decirlo así, con la criatura y le aumenta todas las virtudes; pero en especial le da un grado más de fe para que crea firmemente aquello que recibe y lo confiese con las palabras y las obras. Y si el Señor acostumbra no dejar vacía el alma cuando con ella se comunica, y además es Sacramento que pide fe robusta, con muchísima razón la concederá. Decía Sta. María Magdalena de Pazzis que una sola Comunión bastaba para hacer santa á un alma; y si en esto no hay lugar á duda alguna, ¿cómo, siendo la fe principio y fundamento de la vida cristiana, no ha de brotar y florecer en la persona que comulga, con objeto de que sea la matriz de las demás virtudes que se necesitan para perfeccionar al cristiano? y si una Comunión basta para hacer santa á un alma, ¿qué harán tantas comuniones bien practicadas? Puede asegurarse que si un cristiano comulgase diariamente con fervor, jamás le faltaría la fe y nunca sucumbiría á tentación alguna contra esta virtud primaria. Esta aseveración es de

(1) Trid. Sess VI cap. 8.

(2) Jacob. II, 26.

ducida del ejemplo de los mártires y de los confesores; y además razonable, porque de la Eucaristía y del que la recibe huyen los espíritus malos, la carne queda mortificada y la voluntad enardecida en el amor de Jesús: tres motivos poderosísimos para que toda persona cristiana no sucumba á la tentación. Existen gracias y aumentos de gracias que el Salvador quiere derramar únicamente por los medios establecidos por Él; á este fin, muchas mercedes que nos otorga en la Comunión y el aumento de otras, no las concedería si el cristiano no comulgase. La fe, pues, es una gracia de las de esta segunda especie; y la razón la he apuntado ya, á saber: que, como la divina Eucaristía es Sacramento de la fe, el Señor concede esta virtud para que los que comulguen, no sólo obtengan de la Comunión los frutos debidos, sino también para que les sirva de disposición grande, á fin de recibirle de nuevo.

¶. Consiguientemente, en tanto recibiremos mayores gracias, en cuanto nos acerquemos al Sacramento con mayor fe. Los maestros de la vida espiritual sostienen que Dios concede sus dones á proporción de las disposiciones del alma. S. Bernardo afirma que quien posee gran fe es merecedor de muchas gracias; lo cual se observa con más claridad cuando se trata del Sacramento de la Eucaristía, porque si existe pureza de conciencia y fervor en quien lo recibe, sus efectos son maravillosos. El Concilio de Trento (1) llega á decir que cuando comulga el cristiano, no solamente recibe mayores dones por el mayor mérito de sus obras buenas, sino que la gracia que otorga este Sacramento por institución divina será mayor cuanto mayor fuere su preparación.

Esto supuesto, lo primero que exige este Misterio es fe, porque sin ella, á más de no recibirse por la Comunión gracia alguna, firmaría uno el decreto de su propia condenación. Un gran mal se nota en muchos cristianos: consiste en que no se actúan en la fe antes de comulgar, sino que se llegan al Altar sin meditar actualmente lo que van á recibir, de

(1) Sess. 27.

ahí que muchas veces comulguen con disipación, y hasta se exponen á profanar el Sacramento.

¿Pero se piensa acaso que de esta manera y con estas tibias disposiciones el Señor irá con gusto al alma? No se engañen los ilusos: si hay poca fe, raros serán los dones que Dios dispense, porque á proporción de aquella otorga sus mercedes. Si no se tiene, es menester pedirla al Señor, porque de tal manera hemos de creer que N. S. Jesucristo está real y verdaderamente presente en la Sagrada Hostia como si lo viéramos con los ojos corporales. Tener gran fe es tener la de S. Luis, rey de Francia, que pudiendo percibir corporalmente á Cristo presente en la Hostia, no lo quiso ver, añadiendo que á él le bastaba la Fe de la Iglesia; tener gran fe es creer firmemente en las palabras del Señor, que aseguran que el que come el Cuerpo del Señor permanece en Él, y persuadirse que así sea, y hasta gozarse con Él cuando le reciba; tener gran fe es convencerse que todo un Dios infinito, omnipotente y santo entra en el alma, aunque indigna de este beneficio, y humillarse al verse juntamente con ese Dios inmenso; tener gran fe es, finalmente, verle con los ojos del alma y percibirle con los sentidos espirituales, de suerte que sienta el alma incorporarse á Jesucristo, transformarse en Él y llevar su misma vida.

Pero se dirá que estos efectos resultan más bien del amor que se profesa á Jesucristo; y yo podría responder con el axioma de los filósofos: No se puede querer lo que no se conoce de antemano. Así, pues, yo no puedo amar á Cristo si antes no le conozco por la fe sobrenatural; y por más que se puede creer en Él, por más que se le puede conocer sin amarle, no obstante el que conoce ha dado el gigantesco paso para amar; por eso ordinariamente el que conoce bien, bien ama, y quien mucho conoce, mucho aprecia, y quien más conoce más ama.

¶. Manifestó la Virgen Sma. á la V. María de Ágreda (1), que si los profesores de la Religión Católica aplica-

(1) Mística C. de Dios, 2.^a part., núm. 1260.

sen la fe viva para entender en la divina luz y su felicidad en tener consigo á Dios eterno Sacramentado... nada les quedaba que desear ni que temer en este destierro». Si nos actuásemos en esta fe grande de que nos ocupamos, antes y despues de la Comunión, alcanzaríamos los dones que promete la Emperatriz de los cielos. Tengamos fervientes deseos de poseerla, y solicitémosla del Sacramento Smo.

No digamos una palabra de aquellos siervos de Dios, como S. Pío V, que se le crispaban los cabellos cuando, efecto de su viva fe, se hallaba en la presencia de la Eucaristía; ni de otros bienaventurados, como un beato de mi Orden, cuyo nombre no tengo ahora presente, que en el divino Sacrificio daba fuertes palmadas sobre el Altar; ni asimismo de otros siervos de Dios, como cierto donadito del convento de Benisa (Alicante), que siempre que se hallaba ante la Hostia consagrada se le inflamaba el rostro de tal manera, que parecía abrasado por el fuego; veamos lo que la fe en la Eucaristía mandaba practicar á algunos bienaventurados, cuyas costumbres podemos copiar nosotros. Del glorioso S. Martín se refiere que, cuando salía de la iglesia, nunca daba las espaldas al Santísimo Sacramento; y de N. P. S. Francisco se escribe, que por cansado, fatigado ó enfermo que estuviese en el templo, jamás se arrimaba á las paredes ni á los bancos, por considerar que se hallaba ante el Rey de la gloria.

¡Oh Misterio de la fe! ¿qué deseáis os pida? Fe inquebrantable contra la cual se estrellen las furiosas olas de la impiedad y de la herejía, es lo que de Vos solicito. No permitáis Señor que vacilen mis creencias, pues antes prefiero morir mil veces que dudar de vuestra doctrina; fe para mi pueblo, fe para los católicos, fe para el mundo entero, con objeto de que os sirvamos para siempre. ¡perdón, Señor, para los incrédulos y paciencia para sufrirlos; celo en los misioneros para que los conviertan, á fin de que venga pronto vuestro Reino y Vos os sentéis sobre un trono desde el cual rijáis las conciencias de todos los hombres.

EJEMPLO

La presencia real de Cristo Sacramentado, base de la fe cristiana en el Sacramento del amor, ha obrado continuos prodigios. Refieren las Crónicas franciscanas (1) que el V. Fr. Tomás de Perogordo, lego profeso en la Orden del Serafín Llagado, tenía tanta fe en el Santísimo Sacramento, creía tan vivamente en su presencia real, y por consiguiente le amaba tanto que, en reverencia de este Divino Señor, jamás llevaba cubierta la cabeza lo cual practicaba también en medio de los rigores del invierno y de los abrasadores calores del verano; por manera que en cualquier parte que se encontraba adoraba en espíritu y verdad á la excelsa Eucaristía. Cuando tenía ocasión de verla en las iglesias derramaba en su presencia abundantes lágrimas. Finalmente, cuando iba á pedir limosna y sabía que en algún templo exponían á su Divina Majestad, entraba en él, se ponía de rodillas y en esta postura permanecía inmóvil, haciendo oración por espacio de siete ú ocho horas consecutivas, absteniéndose del desayuno y dejando de tomar alimento hasta la noche.

(1) P. González, P. VI, lib. 3. cap. 34.